

La sátira en los escritos breves de Jorge Ibargüengoitia

La prosa breve de Jorge Ibargüengoitia —cuentos, artículos de costumbres y crónicas periodísticas— es importante en su producción literaria y en la del México actual a pesar de no haber recibido la atención crítica que su novela y teatro. Sus relatos y artículos han sido recopilados en cuatro volúmenes: *La ley de Herodes* (1967) que recoge principalmente cuentos; *Viajes en la América Ignota* (1972) y *Sálvese quien pueda* (1975), que reúnen cuentos, artículos y crónicas publicados en *Excelsior* entre 1969 y 1976; *Instrucciones para vivir en México* (1990), selección que expande las dos primeras colecciones de sus artículos en *Excelsior*; y *Autopsias rápidas*, colección póstuma que recopila su obra publicada en la revista *Vuelta* de 1977 hasta su muerte, en 1983.

Los temas de Ibargüengoitia abarcan desde sus experiencias como estudiante en la escuela de Filosofía y Letras de Mascarones hasta la exposición y crítica de costumbres y males sociales típicamente mexicanos. Lugares comunes como la trillada incompetencia de la policía mexicana, la atávica veneración de los héroes mexicanos y la exhuberante exaltación de la Revolución Mexicana, son revitalizados por la observación iconoclasta de nuestro autor. Igual que en su teatro y novela, el elemento distintivo de la ficción corta de Ibargüengoitia es la sátira. El juzgar sus escritos breves como cuentos, sin tener en cuenta la importancia de la sátira, ha llevado a críticos como Vicente Francisco Torres a decir:

me parecen trabajos débiles, pues carecen de tensiones, de temas interesante y de audacias formales (66).

La sátira de Ibargüengoitia es parecida a la de Fernández de Lizardi y Diego Rivera por su carácter popular, pero distinta en que no trata de exponer una ideología a favor de otra. En esto se acerca más al concepto del satírico que se burla de todo y de todos, incluyéndose a sí mismo. Es precisamente su carácter burlón, insatisfecho, el que lo hace uno de los más fieles y amenos cronistas del México de la segunda mitad del siglo XX.

De acuerdo a Gilbert Highet, una obra es satírica si produce en el lector o espectador una mezcla de burla y desdén (21). La emoción resultante de la lectura de casi toda obra de Ibargüengoitia es precisamente esa mezcla de mofa y menosprecio. Entre los recursos que emplea para producir la sátira se hallan; la ironía, la parodia, la exageración, el oxímoron, la paradoja y el coloquialismo. La burla a base de la onomástica es otro método satírico frecuente en la obra corta de este autor.

La sátira de sí mismo se halla principalmente en el volumen *La ley de Herodes*. El narrador se presenta reaccionando como un niño mimado o un adolescente. Sus celos infundados, sus pocas posesiones, y sus problemas económicos, son chistosos por la franqueza con que se narran y por su efecto de autocrítica. Cuando piensa que su amiga le está siendo infiel con un desconocido, nos dice: "Esa noche la

soñé con bigotes y oliendo a azufre" (9). Esto nos recuerda la reacción de un chiquillo cuya amiguita no le hace caso. La descripción de una mujer casada, orejona, poco atractiva, coqueta, y que además lo manipula, sin entregársele, sirve como tela de fondo a una autocrítica en los relatos "La mujer que no" y "La vela perpetua". En "What Became of Pampa Hash?" el narrador se presenta a sí mismo haciendo toda clase de ridiculeces para alcanzar los favores de una grosera mujer de dimensiones descomunales:

Estábamos cuatro hombres a la orilla del río tratando de inflar una balsa de hule, cuando la vimos aparecer en traje de baño[...] me apoderé de la bomba de aire y bombeé como un loco. En cinco minutos la balsa estaba a reventar y mis manos cubiertas de unas ampollas que con el tiempo se hicieron llagas (36).

Una vez más el narrador se presenta reaccionando como un adolescente ante una mujer que le llama la atención.

En ocasiones se presenta como pícaro como cuando en un relato del mismo volumen, "Las pinzas", aparece como un mezquino y un ladrón. Un mendigo llega a la puerta de su casa pidiendo algo de ropa por el frío que hay. Ante esta situación el narrador nos dice:

Yo no tenía cobija, pero le di una camisa desteñida, un saco lustroso, unos pantalones luidos, unos zapatos que eran tan duros que nunca me los pude poner (60).

La sátira de sí mismo se logra por medio de un proceso parecido a lo que

D. C. Muecke ha denominado "ironía del ingénuo" en donde el *alazon* o blanco de la ironía ignora o pretende ignorar que sus palabras y acciones, en el contexto dado, son incongruentes y distintas de lo que el lector puede observar. Ya que está hablando de sí mismo en el pasado, el narrador se pone al lado del lector y se ríe de sí mismo.

La ironía que sólo puede leerse como ironía corresponde a lo que Wayne Booth llama "estable abierta":

when everything in a passage or situation suddenly makes sense if and only if we see it as irony (101).

Las palabras iniciales del relato "La ley de Herodes" no tienen sentido en el contexto del cuento, si no se entienden como ironía:

Sarita me sacó del fango, porque antes de conocerla el porvenir de la Humanidad me tenía sin cuidado (17).

La ironía de la frase citada se halla en que el porvenir de la humanidad le sigue importando poco después de conocerla. En el cuento "Mis embarcos" la acreedora del narrador le ofrece dinero prestado y después trata de quitarle la casa al no poder pagar la hipoteca. Doña Amalia le dice: "Está usted dejándome en la calle, sinvergüenza." A lo que el narrador responde con falso arrepentimiento,

Me sentí un canalla. ¡Arrebatárlen el pan de la boca a doña Amalia y a sus dos hijas de puta! Se necesitaba tupé (74).

En "La mujer que no", la protagonista desea ardientemente serle infiel a su marido pero no se atreve. Cuando por

fin el azar interfiere impidiéndole realizar sus deseos, exclama: "Gracias Dios mío por haberme librado del asqueroso pecado de adulterio." (23). "El episodio cinematográfico" trata de un narrador a quien han llamado para que asesore la producción de una película. Cuando presenta sus opiniones y no le hacen caso, nos dice:

Me ofendí tanto que me levanté de la mesa [...] entré a la cocina y me hice un huevo frito (11).

En realidad nos está diciendo que se aburrió y salió a comer algo.

Otra clase de ironía, correspondiente a la que Muecke denomina: "ironía satírica" es aquella que alaba para criticar (51). En "A la policía", por ejemplo, leemos:

Este homenaje está escrito para compensar, aunque sea en parte, las injusticias que la opinión pública comete a diario con los guardianes del orden público (68).

Todo este homenaje es en realidad una crítica de la policía mexicana, especialmente la policía auxiliar. En "What Became of Pampa Hash?" leemos una mezcla de alabanza y vituperio que en realidad es una crítica: "¡Oh Pampa Hash! Mi adorable, mi dulce, mi extensa Pampa!" (38). Pampa Hash es la burda mujer de la que se enamoró y desenamoró el narrador del cuento.

Aun otro tipo de ironía sorprendente al lector, resulta en un humor que si no es típicamente mexicano, sí lo es Ibarguengoitesco. Se trata de palabras y acciones completamente inesperadas e incongruentes de parte de los personajes. Por ejemplo cuando

el ladrón que sube a la azotea del narrador con un costal en la mano y al ser descubierto exclama: "Es que me subí a dormir aquí, porque abajo está muy húmedo el piso" (57). El narrador intenta disparar sobre un segundo ladrón que se roba... el canario. El encuentro con un tercer ladrón en la azotea se describe así:

cuando yo iba a empezar a decirle que se fuera, me cerró la boca con el puñetazo más fuerte que me han dado en mi vida (57).

En el relato "La mujer que no", después de innumerables tentativas de parte de él e igual número de negociaciones y arrepentimientos de parte de ella, cuando ambos están dispuestos a hacer el amor, la cremallera o "ziper" de los pantalones de ella no se puede abrir (30).

La parodia es otra de las manifestaciones de la sátira en la ficción breve de Ibarguengoitia. En el cuento "La mujer que no" el narrador, que atraviesa supuestamente por una crisis religiosa producida al desear a una mujer casada, nos describe sus seudomordimientos de conciencia de la siguiente manera:

¡Oh, dulce concupiscencia de la carne! Refugio de los pecadores, consuelo de los afligidos, alivio de los enfermos mentales, diversión de los pobres, esparcimiento de los intelectuales, lujo de los ancianos. ¡Gracias, Señor, por habernos concedido el uso de estos artefactos, que hacen más palatable la estancia en este Valle de Lágrimas en que nos has colocado!

Evidentemente el parodiar una letanía sirve aquí para un propósito

opuesto al de la oración convencional: exaltar el pecado de la concupiscencia.

En "Cuento para el niño revolucionario" Ibargüengoitia satiriza la Revolución y sus logros. Desde la primera palabra del título, "Cuento", se sugiere la ironía pues se trata de la parodia de una lección de historia. La lección dice así:

Todo lo que vemos a nuestro alrededor, niño revolucionario, es producto de la Revolución Mexicana [...] Pues bien, niño, este señor que ves aquí, tocando el claxon del Mustang para que la criada venga a abrirle la puerta, es un humilde revolucionario a quien la patria ha recompensado sus esfuerzos en pro de la justicia social... No me preguntes, niño revolucionario, en qué hizo su dinero este señor, ni qué es lo que sabe hacer, probablemente nada, pero esta circunstancia constituye uno de tantos misterios instructivos que tiene nuestra sociedad. La Revolución Mexicana es como una madre amorosa y tan ciega como una de ellas. Al hijo suyo que escoge para querer, lo quiere de veras, sin importarle el mérito que tenga, ni la calidad de su inteligencia (194).

Si recordamos que esta burla a la Revolución Mexicana, eco del sentimiento de muchos mexicanos, fue escrita en un periodo durante el cual se escribían todo tipo de panegíricos a este movimiento social, el comentario de Ibargüengoitia expresa la otra cara de la moneda.

La exageración es otra estrategia de la sátira empleada por Ibargüengoitia. En "El episodio cinematográfico" un productor, valiéndose de su amante, de un niño oligofrénico y chimuelo y de un oso amaestrado, pensaba hacer "una superproducción megatónica en technicolour anastig-

mático" (10). Si la proposición de hacer algo grandioso de la nada es en sí irónico, la enumeración de los elementos con que se dispone y el vocabulario en que se expresa la anhelada meta aumenta la exageración inicial. En el cuento "La ley de Herodes", cuando el narrador va a hacerse el examen médico a la Embajada Americana, nos dice que el doctor:

me hizo saltar doscientas veces [...] tomó las partes de mi cuerpo y a jalones las extendió como si fueran un pergamino, para mirarlas como si quisiera leer el mapa del tesoro (19-20).

Es obvio que se trata de una exageración pues un examen médico que requiera lo que dice el narrador es inconcebible. En este mismo relato hay una ironía que no se revela sino hasta después de su lectura:

el examen médico es otra de tantas argucias de las que se vale el FBI para investigar la vida privada de los mexicanos (17).

Este comentario es en referencia al examen de úlceras en el recto requerido para los aspirantes de becas a los Estados Unidos de parte de la fundación otorgante. El blanco de la ironía puede ser tanto el FBI que investiga las heces de los mexicanos como el mexicano joven que permite que le metan los dedos por el ano. En "La mujer que no" el narrador relata que al reunirse con un viejo amor: "Nos dimos entre 200 y 300 besos." Cualquier pareja que se dé entre 200 y 300 besos va a terminar con la boca hinchada.

La caricatura es quizá donde mejor se manifiesta la exageración en la fic-

ción breve de Jorge Ibarguengoitia. En el relato "Manos muertas" se describe al licenciado Gorgonzola de la siguiente manera:

Él era un rollizo bebé de cincuenta años. Me daba al hombro y tenía pelo ralo, pero rubio, ojos inyectados, pero azules, y una gran papada (45).

Esta caricatura está construida a base de una antítesis: "bebé de cincuenta años", y de tres atributos negativos (pelo ralo, ojos inyectados y gran papada) a los cuales se les trata de dar una cualidad positiva precedida de la conjunción "pero" (rubio, azules). El bebé de ojos azules y pelo rubio evoca la representación de un angelito, o un cupido. En realidad se trata de la descripción de un gordo calvo que probablemente es un dipsómano (ojos inyectados). La yuxtaposición de dos imágenes antitéticas resulta cómica. Otra caricatura aparece en el cuento "Las pinzas", no sólo en la descripción sino en las acciones de un indigente.

Un mendigo de pelo cano, bigote espeso y panza de "bon vivant" vino a mi casa a pedir un taco [...] El mendigo se quitó el sombrero destartado, hizo una ligera reverencia, me dio las gracias y se fue (59-60).

Aquí la caricatura está basada en el oxímoron compuesto a base de una palabra sumamente coloquial, "mendigo", al lado de otra erudita de origen extranjero, "bon vivant", lo cual origina la paradoja circunstancial: un aristocrático y cortés mendigo.

El oxímoron es un recurso más de la sátira empleado frecuentemente por

Ibarguengoitia. En el relato "Mis embargos" nos dice:

Fui a Guanajuato a entrevistarme con otro grandísimo ladrón, muy respetado en esa ciudad (76).

El cambio intencional de lo bajo y trivial (grandísimo ladrón), a lo serio y elevado (muy respetado), sirven para burlarse de la sociedad que estima algo que no lo merece. Al enumerar los escasos recursos de una supuesta compañía productora de películas en "El episodio cinematográfico", una de ellas, según el narrador, es "un niño oligofrénico (palabra erudita) y chimuelo" (palabra coloquial). El efecto del oxímoron estilístico es sorprendente y cómico.

Los nombres son aún otro recurso satírico de Ibarguengoitia. En el relato "El episodio cinematográfico" hallamos el nombre de la artista "Pituka de Foronda" (que suena a la versión mexicana de Jane Fonda) y el puesto de, "Eminencia gris en la Secretaría de Catastro y Prevención". El título "eminencia gris" tiene una acepción paradójica: gris puede referirse cerebro o inteligencia lo mismo que a opaco o pedestre. El nombre de la Secretaría es cómico por ser imposible: catastro (censo de las fincas) y prevención (¿de fincas?). Otra interpretación de este nombre sería que el título de "prevención" está allí para evitar que esta Secretaría, como otras tantas en México, funcione. En "Falta de espíritu scout" hallamos los siguientes nombres: (1) Nicodemus, nombre de uno de los discípulos de Cristo y del jefe de los scouts queda en ridículo por tratar de hacerle la vida pesada a los pupilos que no siguen sus instruc-

ciones al pie de la letra; (2) el licenciado Cabra, nombre sacado de *El Buscón* de Quevedo y (3) el profesor Urchedumbre, ambos personajes maquiavélicos ayudantes de Nicodemus. El nombre Urchedumbre está construido a base del sustantivo "urdimbre" que significa trama o maquinación y el nombre del Regente de la ciudad en aquel entonces, Urchurtu. Si hay un título que aluda directamente al carácter popular de la sátira de nuestro autor, éste tendría que ser "La ley de Herodes", el cual es parte de un dicho popular y soez que refiriéndose a una situación sin solución, dice que está bajo "La ley de Herodes, o te chingas o te jodes".

Uno de los pasatiempos favoritos de Ibarguengoitia parece haber sido la desmitificación o burla de las figuras públicas sacralizadas como los grandes hombres de la patria, los grandes literatos, o la Revolución Mexicana, ya vista. En "El lenguaje de las piedras" satiriza la costumbre mexicana de hacer estatuas y monumentos de piedra por todos lados y a cualquier costo para conmemorar a los héroes de la patria. Acerca de una estatua del Pípila, héroe de la independencia, nos dice el narrador:

Cuando lo terminaron, todo Guanajuato dijo que era un monstruo, que estaba mal proporcionado, que el Pípila no era así, sino tuberculoso, que si le decían el Pípila, era porque tenía cara de guajolote [...]

[después] se decidió hacer un monumento al minero. Con este objeto se echó a perder uno de los parques más agradables de la población [...] se quitó la fuente que estaba en medio y se erigió un pedestal [...] [donde] se colocó la imagen en bronce de un minero con el

torso desnudo y ligeramente contrahecho y un casco [...]

Detenido por sus manos y apoyado en su pelvis, de manera que parece brotar de sus pantalones con una elevación de treinta grados, hay un enorme taladro de aire comprimido que parece atacar, incansable y perpetuamente, la nada (12-13).

La ironía está en la discrepancia que existe entre lo que el pueblo cree que debe ser la imagen de su héroe y la que el gobierno les confecciona. Es cómico que el gobierno quisiera glorificar a un héroe y terminara pintándolo con un pene monstruoso.

En la narración "Seducidos, llamados y quemados" de *Autopsias rápidas*, al rememorar acerca de la posición social de un importante literato y la reacción de un colega hacia su muerte, nos dice el narrador:

Otro momento irreverente ocurrió cuando murió el mayor dragón de nuestra literatura. Un personaje mítico que durante muchos años dominó nuestras letras, invadió nuestras revistas literarias y acaparó nuestras editoriales. Esa mañana salí a comprar algo para desayunar y encontré a otro escritor que vivía también en Coyoacán.

—¿Ya sabes lo que pasó? —me dijo. Se murió 'el tamal'. (38).

La descripción de este erudito nos hace pensar en Alfonso Reyes. El enfocar y ensanchar momentos irreverentes de los grandes hombres de México es frecuente en nuestro autor. Con el mismo afán alababa a los anti-héroes mexicanos. En un artículo, titulado "Los periodistas", cuenta que al comentar una proyectada comedia musical en la reunión anual de periodistas de *Excélsior*, dijo "Hay que

reivindicar a Santa Anna". La reacción conservadora no se hizo esperar. Gastón García Cantú inmediatamente dijo: "Eso no debe decirse ni en broma" (116). Jorge Ibarguengoitia criticó la solemnidad del mexicano en adorar a sus héroes y odiar a sus malvados.

A pesar que la sátira de Ibarguengoitia tiene elementos juvenalianos por su afán destructivo, siempre hay un elemento didáctico implícito que la emparenta con la de Horacio. Si utiliza la sátira y la risa como instrumento de crítica, lo hace sin denuncia, sin dolor, sin angustia. El lector de sus obras ríe junto con el narrador y termina con un sentimiento contradictorio. Por una parte parece decirnos "así es la cosa, así somos, qué le vamos a hacer"; pero por otra intuimos que nos dice "que tontos somos, debemos de cambiar".

Si tomamos en cuenta por un lado la demostrada preferencia de Ibarguengoitia por la sátira, y por el otro los comentarios críticos que aseveran que sus cuentos son débiles, postulamos la idea de que Jorge

Ibarguengoitia fue ante todo un satirista que empaquetaba su producto en el envase que tenía más a la mano: cuento, artículo, crónica periodística, novela, obra teatral.

Alfonso González

Bibliografía

- Booth, Wayne C. *A Rhetoric of Irony*, The U. of Chicago P, Chicago, 1974.
- Hignet, Gilbert. *The Anatomy of Satyre*, Princeton UP, Princeton, 1962.
- Ibarguengoitia, Jorge. *La ley de Herodes*, Mortiz, México, 1967.
- . *Viajes en la América ignota*, Mortiz, México, 1975.
- . *Sálvese quien pueda*, Ed. Novaro, México, 1975.
- . *Autopsias rápidas*, Ed. Guillermo Sheridan, Vuelta, México, 1988.
- Muecke, D. C. *Irony and the ironic*, Methuen, New York, 1982.
- Torres, Vicente Francisco. "Ibarguengoitia desnuda al rey," *Texto Crítico* No. 30, UV, Xalapa, Ver., 1984, pp. 64-77.

ADMINISTRADOR DE PROVINCIAS
SVMIOEGVIAA@PQMA

